

Una republica abandonada por las Democracias

Prof. Dr. Angel Viñas

Hace algunos años Santos Juliá¹ recordó la curiosa inversión que se había producido en la historiografía sobre la guerra civil. Para ello retomó las reflexiones de Manuel Azaña sobre las causas de la derrota republicana. Azaña las agrupó bajo cuatro categorías. En la primera ubicó la política del gobierno británico y la no intervención. A la segunda fue a parar la intervención de las potencias fascistas. En la tercera situó las discordias internas en el bando republicano y sólo en la cuarta y última la potencia y la capacidad franquistas. Le faltó añadir los errores militares de la República en el manejo del Ejército Popular.

Juliá observó, con razón, que la historiografía había ido deslizándose hacia un planteamiento opuesto. Yo añadiría que por razones eminentemente políticas. Al bando vencedor, que desde el primer momento presentó la guerra en términos de “cruzada” contra la “anti-España”, le interesó siempre subrayar dos aspectos esenciales: que las ayudas de las potencias fascistas a Franco y las prestadas a la República habían estado equilibradas y que Hitler y Mussolini habían reaccionado a las acometidas soviéticas e incluso al inicial apoyo francés a un régimen deslegitimizado.

El golpe de Estado se justificó como una medida preventiva en contra de una revolución soviétizante inminente. Cuando ya se había demostrado la estupidez de las “pruebas”, rayana en la desmesura, con que se apuntaló tal interpretación, Bolín, uno de los primeros genios de la propaganda franquista, todavía la propalaba en los años sesenta del pasado siglo en un libro que debería ser hoy de relectura obligada².

Aquella interpretación interesada, que generalmente no fue de procedencia académica, aunque en la Universidad española nunca faltaron los ensalzadores de los cuentos chinos del régimen, encontró munición en los revisionismos de la política exterior y de seguridad británica o francesa de los años treinta. A los republicanos, que la sufrieron, les pareció innoble. Sin embargo, una pléyade de autores, éstos sí, académicos, argumentó que tanto Francia como el Reino Unido aspiraban a preservar la paz en Europa y a mantener incólumes sus imperios. La política de apaciguamiento de los dictadores fascistas, de la cual la no intervención es inseparable, apareció en esta perspectiva justificable y defendible.

Algunos no dudaron en arremeter incluso contra el icono sagrado de la historia contemporánea británica, Sir Winston Churchill, acusándole de haber contribuido a la destrucción del Imperio con su resistencia a toda costa ante las acometidas hitlerianas. Para los historiadores de esta cuerda el adversario último no eran las potencias fascistas sino la Unión Soviética, aquella misma Unión Soviética que pretendía establecer una base en España, en el *soft underbelly* de Europa.

Este revisionismo vino como anillo al dedo a las interpretaciones pro-franquistas. En los últimos años, al amparo de poderosos medios de comunicación, y en el marco de *culture*

¹ En su recensión a la obra de Gerald Howson, Armas para España. La historia no contada de la Guerra Civil Española, *El País*, Babelia, 20 de enero de 2001.

² Tanto en su versión inglesa, Spain: the Vital Years, Cassell, Londres, 1967, como en la española, España. Los años vitales, Espasa-Calpe, Madrid, 1967. Entre ambas existen diferencias que no cabe examinar aquí.

wars de gran calado, tales interpretaciones han contado incluso con el apoyo de algún profesor de renombre.

Al anular los autores pro-franquistas la significación de la no intervención y poner en un nivel de paridad las ayudas exteriores a ambos bandos, el centro de la atención se desplazó inevitablemente hacia la discordia interna. La República perdió la guerra por sus propios méritos. El análisis azañista se vio completamente invertido.

Ahora bien, ¿es ésta una evolución correcta, apuntalada o apuntalable documentalmente? Cuando se publicó el libro de Howson, que abordó las dificultades de aprovisionamiento republicanas, la respuesta de Juliá fue que no estaba justificada. Mi tesis es igual o más de negativa. Azaña, en una palabra, tuvo mucha razón.

Naturalmente a medida que han ido abriéndose los archivos han aparecido trabajos valiosos sobre la no intervención³ o la política británica⁴. En torno a la ayuda soviética se han publicado obras de gran importancia como las de Yuri Rybalkin (a punto de salir en español)⁵, Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo⁶, Daniel Kowalsky⁷ o Frank Schauff⁸. Sobre las Brigadas Internacionales la clásica obra de Castells ha quedado bastante superada por la de Rémi Skoutelsky⁹, en un campo en el que han aparecido otros títulos notables. El apoyo alemán se conoce bastante bien desde, por lo menos, la segunda edición del trabajo de Manfred Merkes, publicado en fecha tan remota pero aún sin traducir¹⁰. Robert H. Whealey añadió más tarde su granito de arena¹¹, como también lo había hecho Raymond L. Proctor, un ex coronel de Aviación norteamericano respecto al cual la historiografía pro-franquista ha corrido el velo del silencio¹². En torno a la ayuda italiana John F. Coverdale¹³, Ismael Saz¹⁴ y Morten Heiberg¹⁵ más tarde han realizado aportaciones fundamentales. La contribución marroquí, nada desdeñable, ha sido iluminada por, entre otros, Mustapha El Merroun¹⁶ y María Rosa de Madariaga¹⁷.

Esta breve referencia permite tres constataciones. La primera es que ha proyectado hacia atrás las aportaciones de una literatura de corte pro-franquista que no estaba basada en

³ Jean-François Berdah, La democracia asesinada. La República española y las grandes potencias, 1931-1939, Crítica, Barcelona, 2002.

⁴ Enrique Moradiellos, La perfidia de Albión. El Gobierno británico y la guerra civil española, Siglo XXI de España, Madrid, 1966, amén de numerosos artículos.

⁵ Será publicada por Marcial Pons, en su colección de historia.

⁶ Queridos Camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939, Planeta, Barcelona, 1999.

⁷ La Unión Soviética y la guerra civil española. Una revisión crítica, Crítica, Barcelona, 2003.

⁸ Der verspielte Sieg. Sowjetunion, Kommunistische Internationale und Spanischer Bürgerkrieg, 1936-1939, Campus Verlag, Frankfurt, 2004.

⁹ L'espoir guidait leurs pas. Les volontaires français dans les Brigades Internationales, Grasset, París, 1998 (hay traducción española en Temas de Hoy, 2006).

¹⁰ Die deutsche Politik im spanischen Bürgerkrieg, 1936-1939, Ludwig Röhrscheid Verlag, Bonn, 1969. En lo que es estrictamente la relación bilateral apenas si ha sido superada.

¹¹ Hitler and Spain. The Nazi Role in the Spanish Civil War, University Press of Kentucky, Lexington, 1989.

¹² Hitler's Luftwaffe in the Spanish Civil War, Greenwood Press, Westport, 1983. Sobre los orígenes del apoyo alemán a Franco y solo a Franco he de mencionar mi propia obra Franco, Hitler y el estallido de la guerra civil, Alianza, Madrid, 2001, una puesta al día de mis primeras investigaciones sobre el tema en los ya lejanos años setenta.

¹³ Italian Intervention in the Spanish Civil War, Princeton University Press, Princeton, 1975 (hay traducción española publicada por Alianza)

¹⁴ Mussolini contra la II República, Edicions Alfons El Magnànim, Valencia, 1986.

¹⁵ Emperadores del Mediterráneo. Franco, Mussolini y la guerra civil española, Crítica, Barcelona, 2003.

¹⁶ Las tropas marroquíes en la guerra civil española, 1936-1939, Almena, Madrid, 2003.

¹⁷ Los moros que trajo Franco.... La intervención de tropas coloniales en la guerra civil española, Ediciones Martínez Roca, Madrid, 2002.

el suficiente elenco de fuentes documentales. Los trabajos de José Luis Alcofar Nasaes, Jesús Salas Larrazábal o de Virgilio Sevillano Carvajal, entre muchos otros, han quedado superados¹⁸. En segundo lugar, si bien en los primeros años apenas si aparecían en ella autores españoles, en la actualidad es creciente el número de los que han penetrado con fuerza en este campo, aunque con frecuencia desde posiciones antagónicas¹⁹. La tercera es que la referencia al material documental es condición necesaria pero no suficiente para hacer buena historia. Sobre la intervención soviética, por ejemplo, una colección de documentos de tal procedencia han sido objeto de comentarios grotescos²⁰, saludados sin embargo por numerosos autores de color anti-republicano, conservador, trotskista y siempre anti-comunista, como en los mejores tiempos de la guerra fría.

Aún así, para evaluar la justeza del elenco azañista no basta con tener en cuenta esta formidable literatura. En los últimos años han tenido lugar procesos de desclasificación muy importantes en varios archivos extranjeros, en particular, los británicos, franceses y rusos. Es, pues, imprescindible incorporar al análisis la documentación nueva y ya consultable. Por otro lado, es imprescindible tener en cuenta los españoles. Todavía hoy se publican obras que, como la de Antony Beevor²¹, pretenden haber hecho descubrimientos importantes en archivos soviéticos sin haber echado una mirada a aquellos en que se remansa lo más granado de la documentación española, franquista o republicana. Para explorar las tres primeras categorías de Azaña los archivos españoles son fundamentales.

Dicho lo que antecede, sigue siendo imposible menospreciar los extranjeros. En relación con los más visitados, los de Kew, citaré sólo tres dimensiones: las enseñanzas que cabe extraer de los documentos en los que se refleja la interceptación de las comunicaciones extranjeras, diplomáticas y no diplomáticas, que los servicios de inteligencia del Reino Unido practicaron desde los años veinte; las que cabe derivar de los documentos de síntesis del Intelligence Air Service, un grupo de analistas de inteligencia militar que hasta ahora no se ha abordado en la literatura pero cuya producción sólo se ha desclasificado hasta noviembre de 1936. Por último, y como desafío para una próxima generación de historiadores, quedan los papeles del servicio secreto de inteligencia, el famoso MI6, cerrados a cal y canto. Ya han aparecido algunos de su contrapartida de seguridad interior, el MI5. Cuando tengamos acceso a los del primero, si es que no se han destruido, es verosímil que mucho de lo que se ha escrito sobre la política hacia la guerra civil deba revisarse.

Por lo pronto cabe afirmar con rotundidad que Londres sabía perfectamente cómo Mussolini fue graduando sus ayudas a Franco y cuáles eran las reflexiones en Roma que se comunicaban al general golpista, dispuesto siempre a alinear "su" España con la política fascista, tanto en el interior y en el exterior. Cabe imaginar lo que habrían escrito

¹⁸ Lo cual no es óbice para que una nueva generación de autores pro-franquistas continúe hoy rindiéndoles homenaje, como si la historiografía apenas si hubiera avanzado.

¹⁹ Sobre los aspectos militares, por ejemplo, de la intervención alemana, una de las más estudiadas, pueden servir de contrapunto Raul Arias Ramos, El apoyo militar alemán a Franco. La Legión Cóndor en la guerra civil, La esfera de los libros, Madrid, 2003, y Manuel González Álvarez: Aspectos militares de la guerra civil: la actuación en España de la Legión Cóndor, Universidad de León, León, 2006.

²⁰ Radosh, Ronald; Habeck, Mary R. y Sevostianov, Grigory (eds.), Spain Betrayed. The Soviet Union in the Spanish Civil War, Yale University Press, New Haven, 2001 (hay traducción española publicada por Planeta, 2002). Es una obra fundamental para la de síntesis, y sin la menor aportación nueva, de Stanley G. Payne, Unión Soviética, comunismo y revolución en España (1931-1939), Plaza y Janés, Barcelona, 2003.

²¹ La guerra civil española, Crítica, Barcelona, 2005. Conviene subrayar que el prolífico Payne no se caracteriza tampoco por su conocimiento de los archivos españoles.

los historiadores pro-franquistas de haberse encontrado testimonios similares respecto a la Unión Soviética por el lado republicano.

También se conocía en Londres la desesperación que desde el primer momento se apoderó de los dirigentes republicanos. Estos no ahorraron esfuerzos en tratar de convencer al Gobierno británico de que la única posibilidad de cortocircuitar los excesos de la revolución estribaba en recibir ayuda de las democracias. Ahora bien, Londres no quería que en España triunfase el comunismo (aquel coco que divisaban los conservadores más ideologizados a la vuelta de cada esquina) y prefirieron ignorar cualesquiera alternativas. Privada de la ayuda occidental, la República no pudo sino acentuar su viraje hacia la Unión Soviética, lo cual robustecería al PCE y alteraría el equilibrio político interno. Esto ya se comunicó a los mandarines de Whitehall en agosto de 1936.

Incluso los defensores a ultranza de una presunta *Realpolitik* manejada por élites, como el subsecretario permanente del Foreign Office Sir Robert Vansittart, tradujeron en más de una ocasión sus prejuicios de clase dándoles primacía respecto a los intereses nacionales. El gobierno británico no practicó una *Realpolitik* sino una política extremadamente ideologizada y engañó todo lo que pudo, y fue mucho, a la oposición laborista y comunista, al *peuple de gauche*, y a la opinión pública. Sólo algún que otro diplomático como el director general del Departamento del Norte, Laurence Collier, se atrevió a discrepar de lo que ya entonces era el pensamiento único en el Foreign Office y defendió sin éxito la tesis de que el peligro auténtico para el Reino Unido no procedía de Stalin sino de las potencias revisionistas, es decir, del Tercer Reich y de la Italia fascista y que, por consiguiente, habría que reflexionar sobre la política hacia la República.

¿Y qué decir del Frente Popular francés, en este año en que se cumple en olor de santidad –laica– su LXX aniversario? Los documentos franceses y republicanos, conservados por Prieto y por Negrin, muestran que se comportó de manera trapacera y rapaz, ayudando poco y mal aunque sí a precios exorbitantes. *Le pognon c'est le pognon o*, en castellano castizo, “la pela es la pela”. Salvo las relevantes excepciones de Vincent Auriol y Pierre Cot, ministros de Finanzas y Aviación, respectivamente, y de Jules Moch, secretario general de la Presidencia, Léon Blum y la mayor parte del *establishment* se escudaron detrás de un Estado Mayor atemorizado, incapaz de pensar estructuralmente a largo plazo, más preocupado por la amenaza interna –comunista– que por la externa –alemana. En el fondo, como ha señalado Annie Lacroix-Riz²², tratando de componérselas como fuera con aquellos cruzados antimarxistas que eran los nazis. Los trapicheos del Quai d'Orsay, a la cabeza de los cuales figuraron Delbos y un posterior premio Nóbel de literatura, Alexis Léger, así como los de los servicios de inteligencia, pueden iluminarse hoy cruzando los papeles diplomáticos con los del Deuxième Bureau²³. Cuando dentro de algunos años quepa consultar los de la Direction Générale de la Sûreté, equivalente del MI5, y que hoy por hoy están en proceso de catalogación, es verosímil que algunas variables de importancia, todavía poco iluminadas, enriquecerán la historia.

Una de las acusaciones básicas de la más rancia historiografía pro-franquista estribó en denunciar la dependencia en que cayó la República con respecto a la Unión Soviética. Olvidan que también fue este el caso de Franco, cogido de la mano de sus protectores fascistas. Algunas de sus histéricas peticiones se reflejan en documentos que hoy apenas si se mencionan. Es más, los papeles del Quai d'Orsay y del Servicio Histórico de la Defensa muestran hasta qué punto Francia también fue dependiente del Reino Unido e incapaz de mirar por fuera de las enaguas de la “gobernanta inglesa”. En la Europa de los

²² *Le Choix de la défaite. Les élites françaises dans les années 1930*, Armand Colin, París, 2006.

²³ Nada de esto aparece en la decepcionante obra de Bartolomé Bennassar *La guerre d'Espagne et ses lendemains*, Perrin, París, 2004 (hay traducción española publicada por Taurus, 2005).

años treinta las dependencias eran múltiples. La republicana y la franquista no fueron excepciones.

La no intervención fue una idea francesa, pero de origen británico. No fue posible evadirse de ella sino de manera muy limitada. Nunca se produjo para con los materiales que el War Office consideraba, con razón, imprescindibles para una guerra: tanques, aviones y otros armamentos no disponibles en el mercado internacional y que no podían obtenerse de contrabando. Debían proceder de los arsenales estatales, esos que Hitler y Mussolini abrieron rápidamente a favor de Franco.

Esto dolerá probablemente a numerosos historiadores franceses. En el setenta aniversario del estallido de la sublevación militar, Emile Témime se refugió en generalidades para explicar la retracción de Francia²⁴. ¿Quién ha encuadrado los argumentos de Auriol o Cot, en desacuerdo con el pensamiento políticamente correcto de la época? ¿O los informes del jefe del Deuxième Bureau en España, teniente coronel Morel? Los franceses seguían al minuto los abastecimientos a ambos bandos, eran conscientes plenamente del papel crucial de los soviéticos y, en cuanto pudieron, plantearon la posibilidad de yugarlos. Esa fue la cara auténtica del Frente Popular francés, no la que presentó al gran público.

El apoyo positivo de Francia a la República abarcó cuatro modalidades: adquirió un cuarto de las reservas de oro del Banco de España (lo cual no venía nada mal en una época de huida masiva de su propia moneda), toleró en su territorio el reclutamiento de voluntarios internacionales, permitió la actuación de agentes republicanos que buscaban desesperadamente armas por cualquier esquina y, de vez en cuando, abrió la frontera para que pasase armamento soviético. Esta última, la más importante, de forma más que mesurada.

Así, pues, Azaña tenía razón al poner en el primer escalón la retracción de las democracias. No es de extrañar que para septiembre de 1936 ya fuese consciente de que la República tenía perdida la guerra. Consultó con varios colegas. Es significativo que sólo Besteiro se situara en la línea del entendimiento con Franco, un Franco que ya entonces no estaba dispuesto a pactar porque los dioses y las potencias fascistas le sonreían.

Tampoco se equivocó Azaña respecto a su segunda categoría: la importancia esencial de la intervención nazi-fascista. Se plasmó desde el primer momento, en función no tanto de intereses ideológicos como la lucha contra el comunismo, mera hoja de parra retórica y de cuyos pámpanos no logran salir demasiados autores, sobre todo los de sesgo propagandista, sino en función de algo mucho más sólido y concreto. Esto fue el deseo de fragilizar a Francia y, en el caso italiano, de ir ganando la ascendencia en el Mare Nostrum. Sus intereses se expandieron a medida que su protegido fue progresando. El Tercer Reich puso en funcionamiento un mecanismo de succión económica, que han estudiado Christian Leitz²⁵ y Rafael García Pérez²⁶. Los italianos se lanzaron a la conquista ideológica de la autodenominada España nacional.

La dinámica del apoyo nazi-fascista y sus manifestaciones no tienen paralelo en la República. Es algo que la historiografía pro-franquista trató de velar cuidadosamente con la teoría del equilibrio de las ayudas. Esta vino a decir que unos, léase los fascistas, reaccionaron al apoyo previo, franco-ruso, a los republicanos. Otros, léase los soviéticos, lo hicieron para compensar el aportado a Franco. Ello a su vez motivó a Hitler y a

²⁴ 1936. *La guerre d'Espagne commence*, Editions Complexe, Bruselas, 2006.

²⁵ *The Economic Relations between Nazi Germany and Franco Spain, 1936-1945*, Oxford University Press, Oxford, 1994.

²⁶ *Franquismo y Tercer Reich. Las relaciones económicas hispano-alemanas durante la segunda guerra mundial*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1994.

Mussolini a aumentar sus propias contribuciones a la lucha contra el Mal absoluto... Es una teoría engañosa por tres razones. Porque documentalmente cabe mostrar que el proceso de acción-reacción no se produjo de tal manera. Porque la reacción a favor de la República terminó agotándose. Y porque el balance de ayudas externas casi siempre se inclinó en contra de los republicanos.

Esta afirmación levantará controversia. En el surco de los hermanos Salas Larrazábal, una escuela de combate ha invertido capital político e intelectual para demostrarla y compilado inventarios de las ayudas respectivas. Para disipar la niebla hay que examinar, ante todo, la dinámica de los apoyos externos y por sub-períodos y consolidar sus resultados en momentos cruciales. Gracias a las informaciones del Air Intelligence Service cabe ilustrar la dinámica de la ayuda italiana y, de la mano de documentos que posteriormente han aflorado, mejorar los resultados a que llegó Coverdale. En cuanto a la consolidación cabe elegir la víspera de la caída del frente vasco. He encontrado estadísticas de los suministros nazi-fascistas a Franco y de la Unión Soviética a la República hasta finales de junio de 1937. El desequilibrio cuantitativo a favor del primero en el arma más importante para la guerra, la aviación, era ya considerable y fue acentuándose a medida que transcurría el tiempo ya que la época de mejor equipamiento de las FAR se agotó en la primavera de 1937. A partir de entonces los envíos nazis modernizaron sustancialmente la dotación aérea de la Legión Cóndor, la gran innovación en su ayuda a Franco, y junto con los italianos no dejaron de crecer. Para la República, por el contrario, dio comienzo el momento del declive, sólo interrumpido por las llegadas aleatorias, tras sortear las interferencias de la Armada franquista, o las dificultades de transporte hasta la costa occidental francesa y su paso por ferrocarril hacia Port Bou.

También puede abordarse la diferente dinámica comparando el ritmo de envíos. Para los nazis, por ejemplo, se dispone de estadísticas dadas a conocer por Merkes en 1969 y que todavía hoy no he visto mencionadas en ningún autor pro-franquista español. ¿Y quién ha comparado tal ritmo con el que se desprende de las estadísticas soviéticas que popularizó Howson y que se detallan más extensamente en los papeles de Largo Caballero todavía no publicados pero que ya se encuentran en galeradas²⁷? Cuando se observa la dinámica de las ayudas, la infraestimación de los envíos a Franco y la sobreestimación de los realizados a la República es una constante en tales autores.

¿Y qué decir de los efectos sobre los receptores? Aunque la primera ayuda material alemana fue de calidad inferior a la soviética, nunca fue lo mismo utilizar aviación pilotada por expertos que otros aviones, mejores sí, pero que en cuanto fue posible se entregaron a pilotos formados apresuradamente en las escuelas rusas. Quizá algún autor haya compilado estadísticas sobre la esperanza media de vida de los pilotos en el lado franquista y en el republicano. Es muy verosímil que la de estos últimos anduviese por los suelos. Y en cuanto a los elementos no aéreos, tampoco fue lo mismo aportar armamento a un ejército dirigido con mano de hierro por militares profesionales que a un ejército en formación, el Popular, que debió fraguarse en la contienda partiendo de milicias de partido y de la espontaneidad.

Así, pues, también en relación con esta segunda categoría Azaña no iba desencaminado.

²⁷ Francisco Largo Caballero: Obras completas, Vol. 8. Escritos 1940-1946, edición a cargo de Aurelio Martín Nájera y Agustín Garrigós Fernández. Disponible en la Fundación Pablo Iglesias.

Pasemos ahora a las discordias internas, que Julio Aróstegui²⁸ y Helen Graham²⁹ han estudiado con gran empeño. Apenas si las hubo en el bando franquista. O al menos no se permitió que incidieran en la marcha de las operaciones. En él se impuso desde fecha temprana el ordeno y mando. Los militares no se anduvieron con chiquitas. Gil Robles fue expulsado. También lo fueron Fal Conde y el pretendiente. Tras la declaración genérica del estado de guerra, que la República no impuso en su zona hasta enero de 1939, el “estado campamental”, en la caracterización de Serrano Suñer, estuvo regido por el código de justicia militar y por la dureza de la represión, eficazmente practicada por *killers* que tenían a Franco, Mola, Queipo o Yagüe a la cabeza³⁰. Los sublevados sólo sabían hacer un tipo de guerra, calcado de los moldes coloniales, que ha abordado entre otros Sebastián Balfour³¹, y lo aplicaron sin contemplaciones.

Franco se adhirió a este mismo patrón porque, a pesar de todo lo dicho por sus panegiristas, no conocía otro y porque le servía a las mil maravillas para alcanzar el doble fin que perseguía: la erradicación física de la izquierda española, condenable a su desaparición por razón de su perversidad intrínseca, y el asentamiento de su preeminencia entre sus compañeros de equipo, lo que le permitiría impedir una restauración. Necesitaba una guerra larga y una guerra dura. No la que querían los alemanes o los italianos. En lo que se refiere a su primera finalidad, la expuso sin tapujos al general Faldella tras la toma de Málaga. Gabriel Cardona ha identificado varias oportunidades que Franco tuvo para acortar el conflicto y que siempre menospreció. La segunda finalidad se la guardó para sí. Por lo demás, los hechos demostrarían que una vez encaramado al poder, Franco no se apearía jamás del mismo. ¿El resultado? Un *palmarès* único: el de haber sido el español que asumió la responsabilidad de que murieran más españoles que en cualquier otra época previa de la historia de España.

En la República, la situación fue infinitamente más complicada. En primer lugar, por el desmoronamiento del aparato del Estado y la ocupación del vacío por una *envolée* revolucionaria. Sobre esta última se ha tejido la leyenda. También para un sector de la izquierda esta es más cómoda que la historia. En el verano y en el otoño de 1936 el poder en la España republicana brotaba de la boca de los mosquetones, con independencia de que se utilizaran más y mejor para asesinar en la retaguardia que para combatir en el frente. A pesar de la incesante literatura que canta y exalta el *élan* anarquista, no se ha argumentado convincentemente, en mi opinión, que el movimiento libertario pudiera desarrollar la estrategia adecuada para lidiar con un ejército mandado con puño de acero por militares profesionales, reforzado por las tropas moras y coloniales y que ya disfrutaba de un chorro continuo de material bastante moderno de procedencia italiana y alemana. Al contrario, las exacciones y alegrías revolucionarias, sobre las cuales cabe esperar con expectación el futuro trabajo de José Luis Ledesma, tras su cortejo de asesinatos y depredaciones situaron sólidamente al Gobierno conservador británico en una postura de franca hostilidad.

²⁸ Por ejemplo, en su contribución a Manuel Muñón de Lara (dir), La guerra civil española, cincuenta años después, Labor, Barcelona, 1985; “Guerra, poder y revolución. La República española y el impacto de la sublevación”, Ayer, nº 50, 2003, y Por qué el 18 de julio – y después, Flor del Viento, Barcelona, 2006.

²⁹ Sobre todo en La República española en guerra, 1936-1939, y El PSOE en la guerra civil. Poder, crisis y derrota (1936-1939), Random House Mondadori, Barcelona, 2006 y 2005 respectivamente..

³⁰ Entre la abundante literatura, de crecimiento exponencial, merecen un lugar destacado dos obras fundamentales de Francisco Espinosa, La justicia de Queipo y La columna de la muerte. El avance del ejército franquista de Sevilla a Badajoz, Crítica, Barcelona, 2006 y 2003, respectivamente. Los autores pro-franquistas, a la cabeza de ellos César Vidal, sólo oponen obras de propaganda, forzando las referencias documentales y, en ocasiones, falsificándolas.

³¹ Abrazo mortal. De la guerra colonial a la guerra civil en España y Marruecos (1909-1939), Península, Barcelona, 2002.

Las discordias subsiguientes se propagaron a causa de las dudas existenciales sobre cómo asignar los recursos escasos y fragmentados entre la revolución y la guerra. Coincidió con la dinámica autonomista. En agosto de 1936 un sector del PNV indagó sobre las posibilidades de poner al País Vasco bajo la protección británica. La aprobación del Estatuto en octubre llevó a los vascos, por un tiempo, al lado de la República pero en el PNV coexistían diversas agendas. El mínimo común denominador no les llevó a disciplinar las fuerzas. En Cataluña libertarios y catalanistas coincidieron en negar al gobierno el pan y la sal para montar una industria de guerra eficiente. Los primeros querían alimentar sus arsenales. Los segundos ampliar sus márgenes de autonomía, estatutarios o no. A mucha distancia, los poumistas sostuvieron contra viento y marea una pulsación revolucionaria que, según ellos, debía prender en el proletariado europeo. Si el marxismo era, ante todo, un análisis de las condiciones objetivas, no lo practicaron con gran agudeza. Sólo los republicanos estricto sensu, los socialistas, divididos desde antes de la guerra entre caballeristas y prietistas, y los comunistas, en rápida expansión, apostaron por el Frente Popular.

El Estado republicano empezó a fortalecerse, con Negrín en el timón, tan pronto como se eliminó uno de los factores que más gravemente perjudicó el esfuerzo de guerra: la incapacidad de Largo Caballero por aunar voluntades al servicio de un fin común. Es curioso que la historiografía pro-republicana haya sido, en general, más tolerante con Largo Caballero y Prieto que con Negrín. Esto tiene mucho que ver con las pugnas internas socialistas y con su exacerbación a causa del creciente protagonismo de los comunistas³².

Más tarde, cuando la derrota del fascismo permitió pensar que las democracias contribuirían a una sustitución de la dictadura, los políticos republicano-socialistas tuvieron interés en pintar a Negrín como sometido a los dictados de Moscú (ya era una marioneta en la consagrada interpretación franquista). La oposición exterior logró lo primero pero no que las democracias se movieran un ápice. Estaban más interesadas en preservar la estabilidad interna en España que en experimentos con fuerzas políticas a las que recordaban de los tiempos de la guerra civil. Las conveniencias ideológicas de la guerra fría canonizaron ese modelo interpretativo y demostraron que la izquierda española no tenía mucho que esperar de las democracias, salvo buenas palabras y una condena del franquismo más retórica que real.

El tenor de las discordias hubiese podido ser diferente. Si la República hubiera cosechado victorias, siempre balsámicas, posiblemente se hubieran atenuado y discurrido por otros cauces. Nada tiene tanto éxito como el éxito mismo. Lo que sí está claro es que las derrotas exacerbaban tal tenor. En consecuencia, obligaron a Negrín a establecer un régimen fuerte que manejó todos los resortes de la autoridad para disciplinar recursos y voluntades al servicio de la resistencia.

Entre las leyendas generadas por la exacerbación de la discordia interna figura la de que la contención del *élan* revolucionario llevó irremediablemente a la derrota. Es una interpretación en la que coinciden anarquistas y poumistas, estos últimos liderados por propagandistas de tanta facundia como Víctor Alba y Julián Gorkín. Naturalmente, es algo que no cabe demostrar. Sí puede argumentarse que sin un Ejército Popular potente, que

³² En los últimos años tres biografías de Negrín han empezado a restablecer el equilibrio: Ricardo Miralles, Juan Negrín. La República en guerra, Temas de Hoy, Madrid, 2003; Gabriel Jackson, Juan Negrín, Cara y Cruz, Ediciones B, Barcelona, 2004, y Enrique Moradiellos, Negrín, Península, 2006. También cabría mencionar dos acontecimientos: en primer lugar la exposición, dirigida por el primero y organizada por la SECC, con un excelente catálogo; en segundo lugar, la difusión por TV2 de un documental sobre Juan Negrín, con el asesoramiento de Miralles y que hoy está disponible en DVD comercialmente. En ambos acontecimientos participaron las figuras más destacadas que han impulsado tal recuperación.

la República nunca pudo llevar al nivel necesario, a pesar de la ayuda, de las armas y del adiestramiento soviéticos, siempre por detrás de los niveles necesarios, le hubiera sido imposible enfrentarse a un Franco que ya en septiembre de 1936 era indeseable. A mayor razón un año más tarde. Azaña tuvo razón al situar en el tercer escalón de su elenco la discordia interna.

¿Cuál fue la consecuencia, para la República, del abandono al que la sometieron las democracias mientras las potencias fascistas no cesaron nunca su ayuda a Franco? Pues, simplemente, que se vio obligada a depender de la ayuda soviética. Franco al menos pudo trampear entre Hitler y Mussolini. La República nunca pudo contraponer a la ayuda de Stalin una hipotética ayuda de las primeras.

¿Significó eso que Stalin aprovechó la ocasión para asentar sus banderillas en el débil flanco de la Europa occidental? Esta es la tesis clave de numerosos autores conservadores y de los pro-franquistas, en extraño maridaje con una gran parte de los naufragos del hundimiento republicano. Pero ni está comprobada más allá de toda sospecha ni las calas efectuadas en los archivos otrora soviéticos o republicanos la confirman. Al menos hasta la fecha. Se afirma esto bien consciente del peso de la tradición que se inauguró durante la guerra misma, abanderada por Largo Caballero y Prieto, que consolidó Krivitsky, que argumentó con tanto fervor como escaso recurso a fuentes primarias Bolloren, que mantienen en vida Payne, Bennassar y Beevor y que ha culminado, al menos por el momento, en los curiosos comentarios de Radosh, en un libro "definitivo", como lo caracteriza algún autor pro-franquista. Lo que sí está claro es que la política del PCE no fue necesariamente la más inteligente. Como mostrará Fernando Hernández Sánchez en su futuro trabajo sobre las disidencias comunistas, el PCE discurrió por una senda extraña, entre los tirones que marcaba la IC y las percepciones e intereses localistas. Uno de los agentes de la Comintern, el búlgaro Stoyan Minev, 'Stepanov', se hizo eco de estos últimos y Moscú se vio obligado a enviar a un tutor, Palmiro Togliatti, para que tutelara a los tutores.

La expansión del PCE, que tantos traumas generó en el bando republicano, tuvo su correlato en la expansión de Falange en el otro lado. Franco, camino de la victoria, la funcionalizó según sus intereses. La República, régimen pluralista, no estuvo en condiciones de lograrlo. Al final, exasperados por la ininterrumpida sucesión de derrotas, por la desmoralización y falta de esperanza y, no en último término por las privaciones sin cuento de la población civil, un segmento importante de la élite militar y política implosionó. Con él implosionó la República. Sus sepultureros últimos no fueron Negrín o el PCE. Más bien habría que buscar del lado de Casado, de Miaja, también de Azaña. No fue un episodio edificante. Prieto, por lo demás, ya lo había predicho casi dos años antes.

El análisis del complejo temático "guerra, revolución e intervención extranjera" lleva a extraer, entre otras, las siguientes conclusiones:

1. El momento en que se produjo el golpe de Estado militar fue el más desfavorable para la República desde el punto de vista del contexto internacional. Unos años antes ni Hitler ni Mussolini se hubieran atrevido a intervenir. Stalin, por su parte, no había puesto su peso todavía tras la política "de seguridad colectiva". Unos años más tarde es verosímil que las potencias democráticas hubiesen entendido que el peligro para ellas no procedía de la Unión Soviética sino del Tercer Reich y sólo es especulativo afirmar lo que hubiera podido hacer Stalin. Lo que está claro es que la experiencia republicana y, sobre todo, la crisis de Munich le indujeron a terminar separándose de la seguridad colectiva, comprobado su nulo éxito.
2. El plano interno, español, es menos especulativo. La República estaba inmersa en una dinámica que apuntaba hacia una sublevación. Pero esta, para tener éxito,

necesitaba de un concurso externo. De no haberse producido éste en julio de 1936, es difícil pensar que los insurrectos hubieran podido resistir.

3. Como numerosos historiadores han demostrado hasta la saciedad, en julio de 1936 las izquierdas españolas no planeaban un asalto al Estado republicano, aunque la verborrea revolucionaria fuese por otro derrotero. Fue la incapacidad del Gobierno de Casares Quiroga, escudado tras el presidente de la República, la que permitió a los conspiradores hacer progresos rápidamente. Con su golpe, contribuyeron a que se desencadenara la oleada revolucionaria que tanto temían.
4. La conjunción de factores internos y externos (la escisión en las fuerzas armadas y de seguridad, la retracción de las democracias, la intervención de las potencias fascistas y, dos meses más tarde, la de la Unión Soviética) convirtió un golpe de Estado semifracasado en un conflicto que duró casi la mitad de la segunda guerra mundial en Europa.

La República fue derrotada en la época de ascenso de los fascismos, aquellos sistemas que proclamaban orgullosamente que el futuro les pertenecía. No fue la única víctima en el altar del apaciguamiento. Austria y Checoslovaquia corrieron la misma suerte y siempre ha sido mucho menor el llanto derramado por ellas que por la España republicana. ¿Por qué?

Quizá porque una parte importante del pueblo español resistió tal ascenso con las armas en la mano. Y porque fue ayudado por la izquierda mundial. La guerra civil, enraizada en factores puramente españoles, fue desde el primer momento una guerra internacional por interposición. También una guerra de clases. Y una guerra de religión. Y una guerra por la reestructuración territorial del Estado. Y una guerra por lo que antaño se hubiese denominado “el alma de España”. Fue la gran fractura de nuestra historia y un hito en la historia de la Europa contemporánea. El estudio de sus interacciones con esta, ya lo dijo el maestro Pierre Vilar, nunca cansará a los historiadores.

Queda el manejo inadecuado del Ejército Popular. Se manifestó en la persecución de la ofensiva cuando no se contaba con los medios, los mandos y los efectivos suficientes. Muchos de los mejores elementos se malgastaron en operaciones bien planteadas pero mal ejecutadas. Ya el jefe del Deuxième Bureau y agregado militar francés en España, teniente coronel Morel, apuntó tales deficiencias. El primero respondía en gran medida a variables políticas. Los Gobiernos republicanos no se fiaron excesivamente de sus mandos militares. También se cometieron errores estratégicos. Pero examinar esto responde a otros planteamientos

Nota

La presente contribución es un brevísimo resumen de algunas de las tesis centrales que desarrollo en una trilogía sobre la República en guerra y el contexto internacional. Ya se ha publicado el primer volumen: **LA SOLEDAD DE LA REPUBLICA. El abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión Soviética** (Crítica, Barcelona, 2006). Los volúmenes sucesivos serán **EL ESCUDO DE LA REPUBLICA. Ayuda exterior y discordia interna** (previsto para 2007) y **LA ASFIXIA DE LA REPUBLICA. Resistencia desesperada y acometidas fascistas** (título provisional y de publicación verosímil en 2009). Todos ellos están basados en fuentes esencialmente primarias.

Agradecimientos

La elaboración de la mencionada trilogía ha sido posible, fundamentalmente, gracias al apoyo de la familia Orellana-Negrín, a la cual deseo expresar aquí mi más profundo reconocimiento por haberme permitido el acceso a los documentos que conservó Juan

Negrín y salvó de la destrucción. También debo agradecer su autorización para consultar un archivo de no fácil acceso al ministro de Asuntos Exteriores de la Federación Rusa Sergei Lavrov. De mi gratitud participan los directores y directores adjuntos de los restantes archivos rusos: de historia militar, de historia política y social y de economía así como el Sr. Kirill Chernenkov, director del departamento de Internacional de la Agencia Federal de Archivos.

El volumen ya publicado contiene una extensa referencia a todos los apoyos que he ido recibiendo a lo largo del planeamiento de la trilogía y para el acceso a otros archivos en los distintos países en que he debido documentarme. De los errores u omisiones sólo yo soy responsable.